

Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo.

La liturgia nos ofrece hoy la posibilidad de celebrar una fiesta alrededor de la Eucaristía y meditar en algunos aspectos de este misterio maravilloso. El año pasado lo hicimos sobre la Eucaristía como sacrificio y alianza; ahora como el regalo de Cristo Sacerdote y como Cena del Señor.

Las dos primeras lecturas hicieron referencia a un curioso personaje, que aparece de pronto en la historia de Abraham y no volvemos a saber más de él, Melquisedec, rey de Salem. Nos dice el Génesis (14,18-20) que Melquisedec ofreció pan y vino, pero bendijo también al patriarca Abraham. La ofrenda y la bendición son acciones típicamente sacerdotales: el responsable del culto ofrece a Dios el producto del trabajo humano que traen los creyentes y, como respuesta divina, afirma las bendiciones de Dios sobre ellos.

El Salmo 109, que proclamamos como respuesta, propone al rey de Israel como descendiente de Melquisedec y le ayuda a tomar conciencia de que su misión comprende, entre otras cosas, elevar a Dios ofrendas en nombres de todo el pueblo y ser una bendición para los suyos.

Aplicados los dos textos a Cristo, nos permiten descubrirlo como Sacerdote, como Rey y Señor, al servicio de su pueblo. En la Eucaristía, Jesús ofrece al Padre pan y vino, como expresión de un trabajo y una actividad humanas que se vuelven ofrenda agradable a Dios. Lo decimos en la oración del ofertorio: “Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan y este vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos. Que ellos sean para nosotros pan de vida y bebida de salvación”. Esta oración es típicamente judía, usada para la bendición de la mesa, y aprovechada ahora por la liturgia cristiana en el banquete de Jesús.

Jesús, pues, como Señor de todos, como Rey del pueblo, como Sacerdote nuevo y eterno, vuelve ofrenda de vida todo el trabajo, la lucha y el dolor de los hombres, y la presenta al Padre Dios como sacrificio vivo y agradable. Nosotros, que somos su comunidad y su pueblo, nos sentimos asumidos y nos volvemos ofrenda en él; de modo que todo lo que hacemos y tenemos se vuelve, en Jesús y por Jesús, un don para Dios, quien lo recibe, lo acoge, lo transforma y lo santifica con el poder del Espíritu.

Por eso, en la Eucaristía, Jesús ejerce su sacerdocio y, unidos a él, nosotros nos volvemos ofrenda de alabanza y amor.

Pero la Eucaristía es, también, una Cena de hermanos, un banquete de vida y salvación. El relato del Evangelio (Luc. 9,11-17) describe una multitud deseosa de escuchar la Palabra y hambrienta del Pan de vida, sentada a los pies de Jesús, para recibir el alimento del cielo. Eso somos nosotros en cada Eucaristía. Jesús nos acoge a todos, asume nuestra pobreza (5 panes y 2 peces), nos inserta en una comunidad organizada, al estilo de la comunidad del desierto, y nos ofrece su Cuerpo y su Sangre como alimento de Vida. La liturgia lo expresa así en uno de sus prefacios: “su carne, inmolada por nosotros, es alimento que nos fortalece; su sangre, derramada por nosotros, es bebida que nos purifica”. La Eucaristía es una Cena de bendición: Jesús nos da su Cuerpo y su

Sangre, y nosotros nos unimos íntimamente a él, formando un solo Cuerpo y un solo espíritu con él.

Acojamos este maravilloso don y vivamos esta semana en actitud de adoración y agradecimiento por el don del cielo, que no merecemos, pero que nos transforma y santifica.

“Señor Jesús, gracias por tu Eucaristía, que sacia nuestros anhelos y santifica nuestra vida. Nos unimos a Ti, para hacernos ofrenda viva de amor y para alimentarnos del Pan del cielo que fortalece y transforma. Como Tú, queremos ser pan, para ser partido y ofrecido solidariamente al servicio de la construcción de un mundo nuevo y una humanidad nueva. AMEN”.